

ENTRE DELEUZE Y SAUSSURE: CONJUGANDO PUNTOS SINGULARES

Pablo Nicolás Pachilla / Universidad de Buenos Aires

I. Introducción

El presente trabajo apunta a avanzar en el esclarecimiento de una cuestión ciertamente ontológica, pero también, si se quiere, epistemológica. Como es sabido, el debate en torno al estructuralismo en ciencias humanas y filosofía debió su importancia al hecho de que la noción de *estructura*, tal como fue formulada en 1928 por Jakobson, Karcevsky y Troubetzkoy en el Primer Congreso Internacional de Lingüistas en La Haya, a partir de las enseñanzas de Ferdinand de Saussure – volcadas en los apuntes de oyentes que conforman el *Cours de linguistique générale*–, se veía como el candidato perfecto para pensar el objeto de estudio de estas disciplinas. A partir de la publicación en 1945 del artículo de Claude Lévi-Strauss “El análisis estructural en lingüística y antropología”¹ en la revista *Word*, órgano del Círculo Lingüístico de Nueva York, en el que el antropólogo francés proponía tomar prestada la noción lingüística de estructura, las ciencias humanas no volvieron a ser las mismas. Este debate dejó su impronta, por otra parte, en los teóricos franceses que tuvieron su *floruit* alrededor de la década del '60, a los que no arbitrariamente se tilda a veces de “post-estructuralistas”.

Uno de estos autores es el que nos ocupa en el presente trabajo, Gilles Deleuze, que escribió *Diferencia y repetición* en 1968, tratado que recoge y sistematiza todos sus escritos anteriores desde 1953, formulando una ontología consistente y singular. En el capítulo IV de dicho libro, “Síntesis ideal de la diferencia”, Deleuze se ocupa de describir con la mayor precisión posible el concepto que juega, en este período, el rol central de su ontología: el concepto de *Idea*. Si bien este personaje conceptual aparece *in absentia* desde el comienzo hasta el final del libro, cumpliendo una variedad de roles y, por así decir, realizando las acciones principales de esta novela filosófica, es en este capítulo que el filósofo

¹ Incorporado luego en Lévi-Strauss, C., *Anthropologie structurale*, Paris, Plon, 1958.

procura ofrecer algo así como un retrato del modo de ser de la Idea en tanto tal. Constituye la hipótesis de este trabajo que algunos de los rasgos fundamentales de este retrato repiten los rasgos que Saussure atribuía a su concepto de *langue*.

II. Idea y estructura

La materia de la lingüística, para Saussure, “está constituida en primer lugar por todas las manifestaciones del lenguaje humano” (Saussure, 2007: 51). Ahora bien, se trata para el lingüista suizo de encontrar la manera de que el objeto de esta disciplina no se aparezca “como un montón confuso de cosas heterogéneas y sin trabazón” (*ibid.*: 57). El concepto de lenguaje es demasiado plurívoco: “tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social” (*ibid.*). Para constituir la lingüística en ciencia, entonces, la estrategia saussureana consiste en realizar un recorte, dejando de lado la dimensión individual del lenguaje –el habla o *parole*– y poniendo el foco en el terreno de la lengua –*langue*–, tomando esta última “como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje” (*ibid.*).

Es en un sentido similar que Deleuze se abrirá el paso entre la maleza: “las relaciones espacio-temporales conservan sin duda la multiplicidad, pero pierden su interioridad; los conceptos del entendimiento conservan la interioridad, pero pierden la multiplicidad que reemplazan por la identidad de un yo [*Je*] pienso o de algo pensado” (Deleuze, 2009: 278). Para ambos autores, se trata de encontrar una dimensión previa, a partir de la cual se ordenen o distribuyan aquellas: el modo de ser de la estructura –Saussure mismo nunca utiliza dicho término, sino el de *sistema*– no corresponde al de las relaciones espacio-temporales ni tampoco al de los conceptos, pero constituye su *sentido* desde el punto de vista genético –en otras palabras, lo actual no puede entenderse sin ella–. Dice Deleuze que

Del mismo modo que no hay oposición entre estructura y génesis, no hay oposición entre estructura y acontecimiento, o estructura y sentido. Las estructuras encierran tantos acontecimientos ideales como variedades de relaciones y de puntos singulares, que se cruzan con los acontecimientos reales que determinan. Lo que se llama estructura, sistema de relaciones y elementos diferenciales, es también *sentido*

desde el punto de vista genético, en función de las relaciones y de los términos actuales en los que se encarna. La verdadera oposición está en otra parte: entre la Idea (estructura-acontecimiento-sentido) y la representación (*ibid.*, 289. El subrayado es del autor).

La Idea deleuzeana abarca entonces varios aspectos, según dónde se ponga el foco: en tanto sistema de elementos recíprocamente determinados, la Idea es *estructura*; cada una de esas relaciones, a su vez, debe entenderse como un *acontecimiento* ideal –este punto cobra relevancia para desmarcarse del fijismo que deja como consecuencia el vacío teórico producido por la distinción sincronía-diacronía–; por último, en tanto se analice la relación entre la Idea y lo actual, aquella aparece como *sentido*. La estructura, entonces, aparece como un modo de referirse a la Idea, o un aspecto bajo el cual pensarla.

Ahora bien, la lengua, como es sabido, está compuesta por signos. Pero, ¿cuál es su naturaleza? “Los signos de que se compone la lengua no son abstracciones, sino objetos reales; esos signos y sus relaciones son los que estudia la lingüística, y se les puede llamar las entidades concretas de esta ciencia” (Saussure, 2007: 221). Hay que desechar por completo el prejuicio de que la dimensión estructural correspondería a abstracciones. Las citas al respecto abundan: “la lengua, no menos que el habla, es un objeto de naturaleza concreta”; “los signos lingüísticos, no por ser esencialmente psíquicos son abstracciones” (*ibid.*: 65). No sólo lo actual es *real*, diríamos en términos deleuzeanos. Más aún, para Deleuze “la realidad de lo virtual consiste en los elementos y relaciones diferenciales, y en los puntos singulares que le corresponden”: “la estructura es la realidad de lo virtual” (Deleuze, 2009: 314-315).

Para describir qué son los signos en este planteo y su relación con el concepto de estructura, será de gran utilidad distribuir sus características en base a las tres condiciones de la multiplicidad deleuzeana delineadas en “Síntesis ideal de la diferencia”, dado que el concepto de *multiplicidad* se hermana, en Deleuze, con los de Idea y virtual. Así, cuando mencionemos los elementos de la multiplicidad deleuzeana, hablaremos de los signos saussureanos.

I. En primer lugar, dice Deleuze que “es preciso que los elementos de la multiplicidad no tengan ni forma sensible ni significación conceptual”. Por su parte, la *langue* es, para Saussure, “un sistema de valores puros” en el que “entran

en juego en su funcionamiento” las ideas y los sonidos (Saussure, 2007: 235). “No hay [...] ni materialización de los pensamientos, ni espiritualización de los sonidos, sino que se trata de ese hecho en cierta manera misterioso: que el ‘pensamiento-sonido’ implica divisiones y que la lengua elabora sus unidades al constituirse entre dos masas amorfas” (*ibid.*: 237). “Todo queda *entre* la imagen auditiva y el concepto” (*ibid.*: 239): un signo está revestido de una imagen acústica y de un concepto, pero no es ni alguno de los dos, ni la sumatoria de ambos. En otras palabras, el signo no tiene estatuto óptico sino ontológico² y, como veremos, este estatuto está dado por la diferencia. Además, “si las palabras estuvieran encargadas de representar conceptos dados de antemano, cada uno de ellos tendría, de lengua a lengua, correspondencias exactas para el sentido; pero no es así” (*ibid.*: 242). De todas maneras, la noción fundamental en este punto es la de valor, que nos remite al segundo punto.

II. En segundo lugar, “[...] es preciso que esos elementos estén determinados, pero recíprocamente por relaciones recíprocas que no dejen subsistir ninguna independencia”. Adjuntemos a esta condición, a modo de collage, las siguientes citas del *Curso*...:

[...] la lengua es un sistema en donde todos los términos son solidarios y donde el valor de cada uno no resulta más que de la presencia simultánea de los otros. Cuando afirmo simplemente que una palabra significa tal cosa, cuando me atengo a la asociación de la imagen acústica con el concepto, hago una operación que puede en cierta medida ser exacta y dar una idea de la realidad; pero de ningún modo expreso el hecho lingüístico en su esencia y en su amplitud (*ibid.*: 239). [En consecuencia] sorprendemos, en lugar de ideas dadas de antemano, valores que emanan del sistema. Cuando se dice que los valores corresponden a conceptos, se sobreentiende que son *puramente diferenciales* (*ibid.*: 243. El subrayado es nuestro). Ese concepto nada tiene de inicial, [...] no es más que un valor determinado por sus relaciones con los otros valores similares [es decir, pertenecientes al mismo plano], y sin ellos la significación no existiría (*ibid.*).

² Esta distinción de cuño fenomenológico nos basta, en este punto, para indicar de modo general el carácter no empírico y sin embargo real de la lengua saussureana, para intentar situar la estructura por fuera de la experiencia actual pero manteniendo, sin embargo, una relación muy particular con ella en tanto *sentido* –acaso “trascendental” sería igualmente valedero, aunque más proclive a ambigüedades por ser pensado en general en tanto calcado de lo empírico–.

Respecto de sus elementos ónticos o actuales –permítasenos el anacronismo– remarca Saussure que “si la parte conceptual del valor está constituida únicamente por sus conexiones y diferencias con los otros términos de la lengua, otro tanto se puede decir de su parte material” (*ibid.*: 244). El signo es una relación que se define por su relación con otras relaciones: “de un lado, el concepto se nos aparece como la contraparte de la imagen auditiva en el interior del signo, y, de otro, el signo mismo, es decir, la relación que une esos dos elementos es también, y de igual modo, la contraparte de los otros signos de la lengua” (*ibid.*: 239). La cita anterior nos revela que no se trata, siquiera, de una diferencia simple, sino de algo así como una diferencia al cuadrado o una *diferencia de diferencias*.

Si bien a esta altura queda ya suficientemente claro que lo que se juega entre Deleuze y Saussure, en la lectura deleuziana de Saussure, o en la herencia saussureana de Deleuze, es *el estatuto de la diferencia*, permítasenos remarcarlo: para Saussure, “lo único que entra en juego es la diferencia de los signos” (*ibid.*: 244), o esta suerte de diferencia al cuadrado –“la lengua no pide más que la diferencia” (*ibid.*: 246)–. Y la consecuencia de esto no es actual u óntica sino virtual u ontológica: el significante lingüístico “en su esencia, de ningún modo es fónico, es incorpóreo, constituido, no por su sustancia material, sino únicamente por las diferencias que separan su imagen acústica de todas las demás” (*ibid.*: 245). “En la lengua”, pues, “no hay más que diferencias” (*ibid.*: 247). En palabras de Deleuze, “la diversidad es lo dado. Pero la diferencia es aquello por lo cual lo dado es dado como diverso” (Deleuze, 2009: 333) –en nuestra comparación, desde luego, la “diversidad dada” se corresponde en el plano lingüístico con lo múltiple fónico y conceptual–. “En la lengua, como en todo sistema semiológico, lo que distingue a un signo es todo lo que lo constituye. La diferencia es lo que hace la característica, como hace el valor y la unidad” (Saussure, 2007: 249).

Comparemos este sistema diferencial donde cada signo es una diferencia sdo/ste constituida por dos elementos de distinto orden y que, a su vez, remite necesariamente a otras diferencias sdo/ste . sdo/ste, con el siguiente pasaje deleuzeano:

Todo fenómeno fulgura en un sistema señal-signo. Llamamos señal al sistema tal como está constituido o bordeado, por lo menos, por dos series heterogéneas, dos órdenes inconexas capaces de entrar en comunicación. El fenómeno es un signo, es decir, lo que fulgura en ese sistema a favor de la comunicación de los elementos dispares [...] Todo fenómeno es compuesto, porque las dos series que lo bordean no sólo son heterogéneas, sino que cada una de ellas está compuesta por términos heterogéneos, subtendida por series heterogéneas que forman otros tantos subfenómenos. [...] Toda intensidad es diferencial, diferencia en sí misma. Toda intensidad es E-E', en donde E remite por sí mismo a e-e', y e a ε-ε', etc. Cada intensidad es un acoplamiento (en el que cada elemento del par remite, a su vez, a pares de elementos de otro orden), y revela así el contenido propiamente cualitativo de la cantidad. Nosotros llamamos *disparidad* a ese estado de la diferencia infinitamente desdoblada que resuena al infinito. La disparidad, es decir, la diferencia o la intensidad (diferencia de intensidad) es la razón suficiente del fenómeno, la condición de lo que aparece (Deleuze, 2009: 333-334).

En un primer momento, tenemos la diferencia sdo/ste (E-E', dx), pero en un segundo momento nos percatamos de que esta diferencia remite a otras series diferenciales que la constituyen: la multiplicidad de relaciones sdo/ste . sdo/ste (dx/dy), la presencia simultánea de todas ellas en el sistema.

Respecto de la no subsistencia de ningún elemento en este plano, veamos el ejemplo del ajedrez ofrecido por el maestro suizo:

Tomemos un caballo: ¿es por sí mismo un elemento del juego? Seguramente no, porque con su materialidad pura, fuera de su casilla y de las demás condiciones del juego, no representa nada para el jugador, y no resulta elemento real y concreto más que una vez que esté revestido de su valor y haciendo cuerpo con él. [...] Supongamos que en el transcurso de una partida esta pieza viene a ser destruida o extraviada: ¿se la puede reemplazar por otra? Ciertamente: no sólo otro caballo, hasta cualquier figura *sin semejanza alguna* con él será declarada idéntica, con tal de que se le atribuya el mismo valor (Saussure, 2007: 233) [El subrayado es nuestro, y se propone subrayar el paralelo saussureano-deleuzeano en este respecto: la relación entre lo virtual (estructura-lengua) y lo actual (sonidos-conceptos) no es una relación de semejanza].

Hay, entonces, una correspondencia entre la singularidad estructural y su actualización en términos actuales, pero no sólo se trata de términos variados, sino que se trata incluso de una relación sin semejanza. Toda la noción de *valor* va en este sentido, y se corresponde con el principio de la arbitrariedad del signo

lingüístico³. “La idea de valor [...] nos muestra cuán ilusorio es considerar un término sencillamente como la unión de cierto sonido con cierto concepto. Definirlo así sería aislarlo del sistema del que forma parte; sería creer que se puede comenzar por los términos y construir el sistema haciendo la suma, mientras que, por el contrario, hay que partir de la totalidad solidaria para obtener por análisis los elementos que encierra” (*ibid.*: 238). En otras palabras, si cada signo se constituye en un sistema de relaciones diferenciales y su ser está dado por su diferencia, entonces –citemos a Deleuze– “cada término sólo existe absolutamente en su relación con otro; ya no es necesario, ni siquiera posible, indicar una variable independiente” (Deleuze, 2009: 263).

III. Por último, “una relación múltiple ideal, una relación diferencial, debe actualizarse en relaciones espacio-temporales diversas, al mismo tiempo que sus elementos se encarnan actualmente en términos y formas variadas” (*ibid.*: 278). Citemos un pasaje saussureano que habla por sí solo:

Quando en una conferencia se oye repetir en varias ocasiones la palabra *¡señores!*, se tiene el sentimiento de que se trata cada vez de la misma expresión, y sin embargo las variaciones del soplo y de la entonación la presentan, en los diversos pasajes, con diferencias fónicas muy apreciables, tan apreciables como las que sirven en otras ocasiones para distinguir palabras diferentes (Saussure, 2007: 230). Cada vez que empleo la palabra *¡señores!* renuevo la materia: es un nuevo acto fónico y un nuevo acto psicológico. El lazo entre los dos empleos de la misma palabra no se basa ni en la identidad material, ni en la exacta semejanza de los sentidos, sino en elementos que habrá que investigar y que nos harán llegar a la naturaleza verdadera de las unidades lingüísticas (*ibid.*: 231).

Esos elementos, ya lo sabemos, refieren a una diferencia que ya no se oye, porque no es actual, sino que se produce en el juego de diferencias que es la lengua. Es por todo esto que Deleuze puede hablar de una “Idea lingüística”:

Tal como es definida por la fonología, la Idea lingüística tiene, ciertamente, todos los caracteres de una estructura: la presencia de

³ Cfr. “[...] la elección que se decide por tal porción acústica para tal idea es perfectamente arbitraria. Si no fuera este el caso, la noción de valor perdería algo de su carácter, ya que contendría un elemento impuesto desde fuera” (*ibid.*:237).

elementos diferenciales llamados fonemas, tomados de la corriente sonora continua; la existencia de relaciones diferenciales (rasgos distintivos) que determinan recíproca y completamente esos elementos; el valor de los puntos singulares, asumido por los fonemas en esta determinación (particularidades pertinentes); el carácter de multiplicidad de tal sistema del lenguaje así constituido, su carácter problemático que representa objetivamente el conjunto de los problemas que el lenguaje se plantea a sí mismo, y que resuelve en la constitución de las significaciones; el carácter inconsciente, no actual, virtual, de los elementos y de las relaciones, y su doble estado de trascendencia e inmanencia respecto de los sonidos articulados actuales (Deleuze, 2009: 306-307).

El reproche que Deleuze realizará a la lingüística estructural a esta altura de su producción radica en señalar que la misma ha reducido sistemáticamente las *relaciones diferenciales* a *relaciones de oposición*. Mucho habría para decir al respecto, pero bástenos recordar que el mismo Deleuze afirma que, al pluralizar la oposición como lo hace la corriente en cuestión, la noción misma de oposición –con la negatividad que conlleva– se desvanece en favor de la noción de multiplicidad.

Por ejemplo, en la clasificación de Troubetzkoy, la oposición se ha desmembrado de tal modo, distribuida en variedades coexistentes de relaciones, que ya no existe como oposición, sino más bien como mecanismo diferencial complejo o perplejo. Un hegeliano no hallaría allí su asunto, es decir, la uniformidad de la gran contradicción (*ibid.*: 307).

Algo análogo ocurre con las Ideas sociales, donde al *sobredeterminar* la contradicción como lo hace Althusser, el elemento opositivo hegeliano sólo permanece, en todo caso, como el resabio de una teoría que no ha terminado de comprenderse a sí misma. La crítica se puede reducir, en todo caso, a una mala interpretación que el estructuralismo hace de sí mismo, y cuya rectificación Deleuze encuentra en el hoy bastante olvidado lingüista Gustave Guillaume (Cfr. *ibid.*: 309).

Nada podemos decir aquí sobre los desarrollos posteriores de Deleuze junto a Guattari. Sólo queremos señalar a modo de hipótesis que, a nuestro juicio, el punto de partida de los mismos –inclusive el de la teoría deleuziana en este mismo período– se ve posibilitado por la puesta en relación de las diferentes Ideas entre sí. El movimiento teórico deleuziano es complejo y paradójico. Por un lado, postula lo real como *doble*: de un lado actual, del otro virtual. Pero por otro lado, nada se salva de la virtualización, y en este sentido, toda teoría que aisle *una* Idea, una

estructura, erra su camino. En este sentido, el *recorte* saussureano es a la vez afirmado y negado: si es necesario aislar una parte de lo real cuyo modo de ser consiste en la determinación recíproca de relaciones diferenciales y puntos singulares, aquello que para Saussure constituía el desecho teórico, la *parole*, tampoco podrá quedar afuera de esta operación. Pero esto constituiría el tema de otro trabajo.

Bibliografía

Deleuze, G. (2009). *Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.

Saussure, F. de (2007). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.